

REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS

PUBLICACION TECNICA DEL CUERPO DE INGENIEROS DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS

DIRECTOR

D. MANUEL MALUQUER Y SALVADOR

COLABORADORES

LOS INGENIEROS DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS

SE PUBLICA LOS JURVES

Dirección y Administración: Plaza de Oriente, 6, primero derecha.

URIARTE

RECUERDOS DE LA VIDA DE UN GRAN INGENIERO

POR

M. LORENZO PARDO

Con este título han publicado los Ingenieros de la promoción de Uriarte un hermoso libro por lo sentido, por lo delicado del recuerdo, lo original y el cuidado puesto en su redacción y edición.

Es un tomo de 300 páginas en buen papel y tirada á dos tintas con orla roja, tipo elzeviriano, con artísticas cabeceras y portadas, dividido en tres partes, tituladas: *Bondad, Cultura y Eficiencia*.

Ostenta en la cubierta un escudo alegórico rememorando el del Cuerpo de Ingenieros de Caminos, sobre el que la muerte ha esfumado y transformado emblemas; como si dijéramos el escudo de luto.

Firman el prólogo, titulado «Propósitos», los queridos compañeros T. Martínez Quiroga, Rafael Vegazo Mancilla, Juan Sánchez Torres, Joaquín Cajal y Lasala, Aníbal González de Riancho y Manuel Lorenzo Pardo, que son los editores, y el último es el autor, que ha puesto en la redacción toda su alma delicada cuyos sentimientos van á flor de pluma con una espontaneidad y sinceridad que atrae y sugiere el ánimo del lector; tiene el encanto de lo vivido y la sencillez de una conversación de camarada con el público que ha de saborear la lectura.

Intercaladas van varias fotografías que representan el retrato del llorado Ingeniero, la promoción de 1903, viaje de prácticas (visita al faro del Cabo de Peñas), viaje por el Ebro (preparando una comida, la Aldea del Ebro y paso de la Puente del Valle) y varias del Salto de Bolarque y del ferrocarril de Ripoll á Puigcerdá. Las primeras citadas dan fe de que no se trata de un sentimiento de amistad improvisada, sino del que durante toda la vida ha mantenido en relación á los compañeros que dan hoy esta muestra de pesar por la falta de uno de ellos, que tanto valía, del malogrado Uriarte, cuya muerte sentimos todos.

Por el prólogo que copiamos á continuación se enterarán los lectores de los propósitos que han tenido nuestros dignos compañeros al escribir y editar este libro; al principio de él dice: «Se suplica la divulgación de este libro y de los propósitos de sus

editores». Nosotros esperamos que todos los compañeros acudirán al llamamiento; es una modesta flor que depositaremos en la tumba del que dió fama al Cuerpo y esparció los tesoros de su alma en derredor suyo.

Precio del libro: 7,50 pesetas. La Administración de esta Revista se honra en servir el pedido de ejemplares.

He aquí una copia del prólogo y un trozo de la primera parte titulada «Bondad». En otro número daremos breve noticia del resto.

AL LECTOR

Explicación necesaria.

¡Inspector general ó Ingeniero-Jefe del Cuerpo de Caminos, compañero querido ó esperado, amigo ó desconocido, quienquiera que seáis, sea cual fuere vuestra condición, edad ó categoría....., muchas gracias!

Los editores de este libro, compañeros de promoción de Juan B. Uriarte, del gran Ingeniero á cuyo enaltecimiento póstumo está dedicado, os agradecen profundamente el sacrificio de unas pesetas en su adquisición, y tanto, ó más, os agradecerán el de unos minutos en su lectura.

Con uno y con otro realizáis una buena acción, un acto de justicia. Si sois Ingeniero de Caminos, realizáis además un acto de compañerismo sano, tan sano, que la buena obra no queda empañada ni empequeñecida por la parte que en vuestra contribución material y afectiva tome el sentimiento de colectividad, el más puro y desinteresado espíritu de clase.

No será estéril el sacrificio que os pedimos, y en parte habéis realizado ya. Respondemos de ello con el grandísimo interés que nos impone el recuerdo de un entrañable afecto.

No os arrepentiréis, tampoco, de haber pasado vuestra vista por los renglones de este libro. Si no le conocíais os le harán conocer, y si le conocíais perpetuarán en vuestra memoria la de un hombre bueno entre los buenos, útil, capaz, inteligentísimo, producto exquisito del esmerado é intenso cultivo de una naturaleza fuerte y recia; de un hombre que con su trabajo oscurecido por la modestia, callado, discreto y prudente como la Ciencia misma, honró al Cuerpo de que formó parte rindiendo á la sociedad en que vivió inestimables beneficios y enriqueciendo á la Patria.

En estos renglones dictados por un sentimiento vivo y palpitante, encontraréis la justificación de nuestras demandas. Uriarte derrochó en nuestro trato los tesoros de su gran corazón, como derrochó en sus trabajos los de su extraordinaria inteligencia.

Tenemos, pues, para con su memoria una deuda de cariño, de gratitud afectiva, que nunca podríamos satisfacer sin el auxilio de vuestra concurrencia. Nuestras fuerzas—bien escasas por cierto—, necesitan algún apoyo, y ninguno tan sólido y tan firme como el que nos ofrecen vuestra conformidad y vuestra ayuda. Nuestro será el impulso, el esfuerzo inicial, pero á vuestro apoyo se deberá en definitiva el verdadero valor de este merecido homenaje, porque sin él, todos nuestros esfuerzos serían ejercidos en el vacío sin efecto.

Cada uno de nosotros ha elevado en su corazón un monumento perdurable al excelente amigo, al buen compañero; uniéndonos para hacer nuestra la iniciativa del que lo fué con mayor intimidad y más expresiva constancia, y dirigiéndonos á vosotros, aspiramos á elevarle por encima de nuestras cabezas y á prolongarle más allá de nuestras vidas, como tributo justo al Ingeniero que perdió la suya en los días de su mayor eficacia, y estímulo ejemplar de los que han de venir expulsados por la acción implacablemente renovadora del tiempo, á sustituirnos en el grato cumplimiento de la misión señalada á nuestra propicia actividad por las necesidades, la salud y el porvenir de España.

Si cada uno de esos Ingenieros futuros lograra realizar en el transcurso de su vida profesional un trabajo útil comparable al que Uriarte realizó en la suya, tan pronto truncada, la prosperidad de España sería creciente y llegaría á ser inmensa. Y si, con vuestro ambicionado concurso, sirviera este homenaje para provocar en la juventud de hoy y de mañana los generosos impulsos de aquel noble estímulo, el monumento material que elevamos á la memoria de Uriarte habría alcanzado la altura soñada sin riesgo de ruina ó de quebranto porque, entre todas, solamente las obras del espíritu y del sentimiento, por ser ingravitas, pueden resistir la acción aniquiladora del tiempo.

El homenaje es modesto, íntimo, cordial, como conviene á la modalidad característica de aquel hombre sencillo é ingenuo. Para tributarle, ni siquiera nosotros, sus compañeros más allegados, nos hemos reunido; una carta ha bastado para soldar nuestros sentimientos concurrentes. Pero quizá en esa misma sencillez esté la sutileza, más fuerte que mármoles y bronce que conserve vivo el recuerdo y pronta la palabra buena, mucho más grata á la memoria del justo que los letreros más encomiásticos.

Leyendo el libro, contribuiréis al homenaje que tributamos á Uriarte, en la intimidad, calladamente; comprándole, habéis contribuido con la totalidad de lo entregado á la obra de reparar la falta de asistencia moral y material, el olvido cruel con que la sociedad deja abandonados en su orfandad á los hijos de quien consagró á servirla su inteligencia, su trabajo, su salud y su vida.

Aquella contribución será silenciosa, ésta anónima: ¡Nada de actos públicos, ni de listas de nombres! Los evitamos por respeto á la modestia sincera de nuestro llorado compañero y al sentimiento profundo de su noble familia, duramente castigada por la desgracia que tanto nos afecta.

El tiempo borra esos nombres y con ellos el recuerdo de la contribución personal; sólo queda el de conjunto, el del tributo colectivo. Y siendo así, ¿por qué no renunciar desde luego y para siempre á toda expresión de agradecimiento?

Cuando sean hombres y mujer esos niños que apenas han conocido á su padre; cuando las pólizas de seguro infantil á que dedicaremos el producto íntegro de la venta de este libro sumado al de nuestro buen deseo empiecen á rendir su interés, solamente sabrán que los amigos y compañeros, todos los compañeros, de aquel que les dió ser y nombre y para ellos trabajó sin lograr la única ambición que pudo sentir, se las dedicaron como testimonio de un cariño y de una estimación merecidos.

Y por próspera que sea su fortuna y feliz su vida—¡Dios haga que lo sean!—estimarán mucho más que cualquier otro ingreso el rendimiento, forzosamente escaso, de esas pólizas. Con él recibirán algo que les recordará al padre perdido, y que por ser exclusivamente debido á su bondad y á sus méritos les servirá de consuelo constante, de ejemplo eficaz y de guía seguro por los caminos que conducen al bien.—*T. Martínez Quiroga.*—*Rafael Vezgazo Mancilla.*—*Juan Sánchez Torres.*—*Joaquín Cajal y Lasala.*—*Anibal González de Riancho.*—*Manuel Lorenzo Pardo.*

IN MEMORIAN

JUAN B. URIARTE

La muerte, cuando acontece temprana ó prematuramente, cuando castiga á la gente joven ó á la que se encuentra en la plenitud de la vida, suele ser certera en su obra fatal de selección.

Bien lo ha sido ahora. En fecha muy reciente nos ha arrebatado á Uriarte y con él una de las esperanzas mejor fundadas de la ingeniería española; desde ciertos puntos de vista la mejor fundada quizá.

Hemos perdido uno de los mejores Ingenieros y entre los mejores el mejor, el más bueno.

No me ciega el recuerdo de un cariño intensísimo y fraternal. Sus varios Jefes, todos los compañeros de estudio y de ejercicio, sus actuales socios, para quienes la muerte de Uriarte debe haber revestido proporciones de catástrofe, algunas personas más, las pocas que le trataron, y entre ellas nuestros antiguos profesores, pueden dar fe.

No, no es un desahogo del amigo, del hermano afligido por la desgracia, y cuyo dolorido corazón necesita como de un bálsamo del eco bondadoso, ó al menos tolerante, que en toda persona bien nacida encuentran en casos tales las alabanzas más efusivas ó más sinceramente exageradas. Es una justicia que debía hacerle uno de sus compañeros, y que le hago yo, el que lo fué inseparable durante la carrera escolar y ha sido el más constante, allegado y fiel amigo después.

En cualquiera de los contados Ingenieros que comenzamos en 1903 nuestra vida profesional, podría ser un deber la justa alabanza del compañero perdido; creo que en mí es, además, un derecho, y lo ejerzo en cuanto el estado de mi espíritu, aturdido aún por la brutal violencia del golpe, lo consiente.

Porque todos los que formamos aquella mínima y unida promoción teníamos una predilección afectiva común—Uriarte,—y de todos fué Uriarte el mejor amigo y compañero, pero mío lo fué hasta el punto de soldar nuestras vidas y nadie mejor que yo conoció la extensión de su bondad y el verdadero alcance de su poderosa inteligencia.

Por ello, al realizar este acto de justicia dolorosamente grato y al tributar al excelente é insustituible amigo este homenaje postero de afecto entrañable, habré de mezclarme, por fuerza, en los recuerdos de una juventud que con él ha desaparecido ya definitivamente.

Nuestros compañeros más próximos en categoría profesional y edad, los contemporáneos, los que siempre nos vieron juntos y llegaron á no explicarse una separación momentánea; encontrarán justificada esta mención personal; los demás sabrán perdonar una falta cometida en momentos de sinceridad afectiva.

Bien seguro estoy de los primeros, de los nuestros; es más, lo estoy, de que al leer el título y la firma de este recuerdo dedicado al amigo común, algunos ojos se arrasarán, como los nuestros, de lágrimas, y de que, como tantas veces entonces, coincidiremos ahora en la cordialidad del sentimiento que constituirá, y constituye aún, el lazo más fuerte de nuestra unión.

Y me entrego al juicio de los restantes lectores, confiando en su benevolencia y en que, para alcanzarla, bastará la necesidad de proporcionar á estos recuerdos el interés que sólo puede tener lo vivido, y, para merecerla, el buen propósito.

BONDAD

I

EL COMPAÑERO

El carácter de Uriarte.—Merecía Uriarte que se le quisiera como le quisimos.

Mucho podría decir de él, mucho más de lo que diré—con no ser poco—para revelar su carácter y dar una idea de la simpatía que le rodeaba; pero quizá nada tan expresivo como el recuerdo de una frase habitual entre nosotros.

Cuando después de terminada la carrera, nos ha reunido el azar ó la casualidad, en seguida, tan pronto como quedaba satisfecho el inmediato deseo del abrazo, del saludo efusivo—tal vez antes—nuestra pregunta era:

—¿Qué sabes de Uriarte?

Y sobre él versaba, invariablemente, una gran parte de nuestra primera ó de nuestra única conversación.

Recordábamos su buen humor constante, su jovialidad infantil y creíamos oír su risa característica é inoivable.

Con frecuencia, casi siempre, le nombrábamos por uno de esos remoqueques estudiantiles que suelen ser signo de familiaridad y prueba de buen talante. Los de Uriarte lo eran al mismo tiempo de reconocimiento por nuestra parte de una aptitud rara ó poco común. El más corriente entonces y más duradero después, ha sido el de *Casiano*, porque en Uriarte creíamos ver personificada la idea que teníamos por referencias y lecturas, de un gran geólogo y naturalista español de ese nombre, de D. Casiano del Prado.

Él correspondía á las muestras generales de afecto con sencillez, sin alarde alguno, sin dar importancia tampoco á sus propias afectuosidades y atenciones, disimulándolas cuando no podía ocultarlas, y si ni aun disimularlas podía, justificándolas de cualquier modo, porque lo que hacía era espontáneo, natural, y el agradecimiento ajeno le hubiera avergonzado ó molestado.

Vacaciones reglamentarias.—Tan pronto como quedaba libre de sus obligaciones corría Uriarte al lado de los suyos. La familia y el pueblo le atraían con fuerza irresistible, era inútil la pretensión de retenerle un solo día más; llegaba á Madrid en el primero de clase y solía aligerar el trabajo de los últimos, si era práctico ó gráfico y tenía, por tanto, el carácter de faena fijada, para adelantar el regreso. Pero á pesar de esta arraigada é invariable afición, que ha durado tanto como su vida, permanecía en Madrid durante todo el curso y allí pasaba los escasos días de fiesta ó asueto que los alumnos disfrutábamos en las épocas de Carnaval y Semana Santa.

Creo que no fueron aquéllas las únicas que pasó en Madrid, pero recuerdo con firmeza que pasó las primeras Navidades, las correspondientes al primer año de escuela, y las pasó perseguido por la nostalgia de su tierra y de su casa, por aquella nostalgia que le acometía con fuerza y le hubiera aislado con frecuencia si no hubiese sido tan dócil como era á nuestra asiduidad.

Obedeció, tal vez, á mandatos ó consejos de su familia; temió las consecuencias de un retraso posible. No sé; pero es lo cierto que, contra toda su voluntad, no se ausentó como esperaba hacerlo.

Realmente, eran entonces tan breves las vacaciones, aun las más largas, las de Navidad, que merecía la pena de pensarlo

bien antes de emprender un viaje largo y costoso, precipitado y poco compensador de la molestia y del sacrificio.

No todos se marchaban, más bien, por el contrario, eran pocos los que lo hacían. Se iban los muy acomodados ó los que tenían relativamente cerca á sus familias.

Eran aquellos otros tiempos, aunque relativamente próximos—sólo relativamente—, muy distintos. Entonces los alumnos de la Escuela de Caminos no teníamos resabios ó costumbres adquiridos en otros Centros oficiales de enseñanza; no sabíamos el camino del Ministerio de Fomento y mucho menos conocíamos los pasos que, dentro de él, es preciso dar para conseguir de Ministros y Directores generales complacientes, vacaciones y permisos no señalados en el Reglamento interior de la Escuela ó ampliaciones de las reglamentarias negadas sistemáticamente por el Director en cumplimiento de su más elemental deber.

Entonces se cumplía el Reglamento—muy riguroso á la razón—en este, como en todos sus preceptos, sin la menor sombra de transgresión y sin la más insignificante tolerancia.

¿Era así por rigidez del Director, por su gran autoridad y prestigio, ó por respeto nuestro al Claustro de la Escuela—aquella grave y temida Junta de Profesores—y á los Jefes Superiores del Cuerpo?, ó ¿era principalmente debido al reducido y fácilmente manejable número de alumnos, y al encogimiento que lleva consigo la continuidad de un régimen ajeno á toda influencia exterior, régimen que se iniciaba en el primer examen del largo período preparatorio y duraba tanto como el curso de la carrera?

Quizá por todo ello, pero no dudo en afirmar que las condiciones personales de aquel Director, aun siendo memorables, tenían escasa influencia, y aun aseguro que la del medio ambiente, propio de la Escuela, se ejercía sobre él, como sobre los profesores y como sobre nosotros mismos.

Porque, es el caso que después de aquel celoso, autorizado y autoritario Director, de D. Rogelio de Inchaurreandieta, los ha habido celosísimos, algunos tan llenos de prestigio profesional y social como Carderera, Garcini y el Marqués de Echeandía, los ha habido tan ordenancistas y fieles cumplidores de los preceptos reglamentarios como el excelente D. Leonardo Tejada, quien solamente oía lo que no contrariaba al Reglamento, tan aureolados de una justificada fama de rigidez como D. Pedro Pérez de la Sala—el Director por antonomasia de nuestras generaciones—, y sin embargo, ha habido esas ampliaciones y permisos que nosotros, no sólo ignorábamos, sino que hubiéramos reputado imposibles, inverosímiles, y que tal vez hubiéramos rechazado entonces, como rechazan ahora, todavía, los aldeanos rusos, la posibilidad autorizada de habitar los suntuosos palacios de la aristocracia y de la burguesía adinerada de su país.

Las vacaciones de Navidad á que vengo refiriéndome duraron diez días; ni uno más ni uno menos. El día 22 de Diciembre estábamos en clase, y el día 2 de Enero volvíamos á entrar en ella, faltando una ínfima parte del número total de alumnos. Porque el faltar á clase constituía en cierto modo un derecho, según aquel Reglamento, pero un derecho no ampliable por causa alguna, y tan restringido, que todos procurábamos no hacer uso de él, reservándole en previsión de las posibles contingencias del porvenir como se puedan reservar las provisiones de boca en un viaje largo por el desierto, ó los fondos escasos en una vejez improductiva.

Algunos alumnos hacían en la primera parte del curso un alocado despilfarro de sus contados derechos, un verdadero derroche de su provisión, y era después de ver.... y de compadecer, porque no había posibilidad de remedio, las angustias de los últimos días, de aquellos días reservados por los previsores para aliviar el rudo trabajo final á que nos sometía la necesidad de

prepararnos para la dura prueba de un detenido examen. Alumno había que llegaba al final del curso sin el menor asomo de derecho; era un paria, un verdadero esclavo; víctima de su propio aturdimiento, de su imprevisión, ni siquiera podía llegar tarde á clase, porque la falta de puntualidad se computaba también—¡ay!—, como una tercera parte de la de asistencia y bastaba, por tanto, para *pasarse* perdiendo el derecho á examen, la asignatura, y con ella, el año.

En los últimos días del curso, las carreras que solíamos dar para evitar la antipática, odiosa y estéril falta de puntualidad, que iba agotando en pura pérdida, sin compensación alguna, el resto de derecho disponible, eran desenfundadas, exigían un gran vigor físico, y aun teniéndolo, hacer uso de él en un esfuerzo supremo. Hombres formados, casi respetables, incapaces de la menor incorrección de forma en la calle, corrían por la de Atocha, por la de Alfonso XII, el Retiro ó el Prado, como lo pueda hacer un chico en sus juegos más agitados ó un mal torero en la plaza, y llegaban á la Escuela con la angustia reflejada en el semblante, la pálida frente cubierta de un sudor frío, los brazos caídos por la fatiga y la emoción, los ojos desencajados por el miedo.

Y hay que advertir que en aquellos momentos de verdadero apuro, el coche de punto apenas servía para nada. Cualquiera de nosotros hubiera dejado muy atrás al mejor caballo de tiro subiendo la cuesta de Claudio Moyano ó la rampa de la Escuela; además, había que tomarle y dejarle, que discutir con el cochero quizá, perdiendo así un tiempo precioso, probablemente decisivo.

En cuanto á los tranvías, que entonces eran de tracción animal, de marcha muy lenta y frecuencia muy escasa, nos inspiraban el mayor desprecio. Si no nos fiábamos de los caballos particulares, libres, estimulados por la competencia, cómo íbamos á fiarnos de aquellas mulas sometidas á una pesada y monótona reglamentación á la rutina de un recorrido único y unas paradas fijas y eternas, de aquellas pobres mulas sin estímulo y sin iniciativas, especie de funcionarios de la collera y el tirante! De ningún modo. Cuando la necesidad aprieta de veras nadie escatima el esfuerzo propio y, en cambio, todos desconfiamos del ajeno.

La llegada precipitada, anhelaute, del alumno retrasado, acusado por la inevitable marcha del tiempo, era, por otra parte, bastante socorrida. ¡Hasta de la tiranía del reloj, á mi juicio la más feroz de todas, se lograba sacar un buen partido!

Los había diestros, verdaderos especialistas en la materia, maestros en el difícil arte de excusar la salida al encerado, la temida conferencia, sin faltar..... y sin confesarse.

Al principio del curso bastaba al efecto con llegar tarde; siempre había un ahorro de dos tercios de falta, que no era despreciable, y mientras el alumno *favorecido* daba de sí en la pizarra lo que podía, quedaba algún tiempo para echar una ojeada febril, una ojeada intensiva, de enorme rendimiento, á las últimas hojas de la lección señalada....., por si acaso.

Pero andando el tiempo, cuando el final del curso y la terminación de los últimos vestigios de derecho á la falta, se aproximaban, había que aguzar el ingenio; era forzoso afinar muchísimo más.

Y se afinaba, ¡vaya si se afinaba! Alumno había que tenía rigurosamente cronometrados los más insignificantes movimientos del profesor, de tal modo, con tan justa y matemática exactitud, que acertaba á abrir la puerta de la clase, cerrada ya por el ordenanza, en el preciso momento de ser nombrado en la diaria lectura de la lista.

Cuando el profesor llegaba á un sitio fijo—al último rellano de la escalera, por ejemplo,—el alumno arrancaba al trote largo

y seguía un itinerario bien estudiado para llegar jadeante, sin aliento, con fuerza apenas suficiente para decir con voz imperceptible, casi por señas:

—¡Servidor!

—¡Qué profesor hubiera sido capaz de hacer levantar y salir á la plataforma á un joven de tan formal aspecto, de apariencia tan seria, y tan *visiblemente* descompuesto! Ninguno, aun cuando lo tuviera muy premeditado.

El corazón humano está naturalmente predispuesto á la ternura y á la compasión, y el de los profesores de la Escuela no era tan duro como se decía y como permitía creerlo algún hecho aislado. Buena prueba de ello ofrece el que referimos porque, es el caso, que el ingenioso procedimiento referido no falló jamás.

Claro es, que no se hubiera podido abusar de él sin grave riesgo, pero el profesor de temperamento más quebradizo y susceptible, el de mayor rigidez, resistió muy bien dos ó tres pruebas sin rebasar el límite de su elasticidad; algunos se manifestaban contrariados; otros se llevaban el gran susto, pero ninguno llegaba á la *deformación permanente*.

Falta de disciplina.—Uriarte, siempre dueño de sí, sereno y reposado, no solía correr, ni por necesidad ni por cálculo. Asistía á las clases asiduamente y con puntualidad holgada, de modo que, aun cuando sus facultades físicas eran sobresalientes—tanto, por lo menos, como las intelectuales—, no hacía uso de ellas para estos menesteres.

Salía de su casa con oportunidad y llegaba á la escuela con anticipación para dar á los alumnos menos asiduos ó peor preparados el ligero baño que solicitaban, la explicación ó la aclaración que pedían.

Lo hacía todo sin precipitación ni apresuramiento, con la mayor tranquilidad; llegaba siempre á tiempo, lo mismo con su persona á las clases ó á los lugares y horas convenidos, que con sus trabajos á los exámenes y pruebas, y lo hacía sin el menor esfuerzo aparente, sin descomponerse nunca.

Para no correr, sin duda, se quedó en Madrid durante aquella primera Navidad, que cierto profesor tuvo la peregrina idea de amenizar, dándonos—para que no nos pareciera demasiado larga, por lo visto—un encarguito que exigía bastante tiempo y no poco trabajo.

Hubimos de aceptar el encargo con el natural y no muy bien disimulado disgusto, pero sin la menor protesta. No nos hubiéramos atrevido á formularla en otra ocasión, pero mucho menos entonces. Teníamos bien grabado y presente el recuerdo de una inesperada falta de disciplina que se nos había aplicado á los pocos días de ingresar en la escuela, en una época en que nos inspiraba respeto todo..... y todos, desde el Director hasta el más modesto portero, incluyendo—claro está—á los alumnos más avanzados en la carrera.

La grave sanción que nos ponía á dos dedos de la catástrofe, que podía ocasionarnos una pérdida irreparable al primer desliz, nos fué impuesta por no acudir á clase el 2 de Noviembre, el día de las Animas.

Los veteranos de la escuela nos advirtieron de que en tal día no había clase por antigua costumbre, aun cuando en el Reglamento no figurase como festivo. Puestos á optar entre la costumbre y el Reglamento debíamos seguir la primera, sin intentar una consulta cuyo resultado desfavorable estaba descontado. Se nos aseguró que lo mismo había ocurrido otros años, pero que la costumbre se había impuesto sin protestas de nadie.

Para nosotros fué aquella advertencia, que agradecemos mucho, un sólido artículo de fe.

¡Cuál no sería nuestra sorpresa cuando vimos al día siguiente

te en la lista, frente á nuestros nombres. la enorme D roja, cuyo verdadero alcance tuvimos así ocasión de conocer!

Resultó que la falta más grave había sido la de nuestro curso, la del primero, porque algunos veteranos habían asistido á clase, no obstante su pretendido convencimiento, á pesar de su aparente seguridad, de modo que solamente la nuestra era colectiva.

Se estimó oportuno y necesario hacer un escarmiento.

—Si ahora hacen eso—se decía—, ¿qué harán más adelante?

Hicimos cuanto supimos para evitar ó dulcificar la mala nota: explicamos lo pasado, prometimos para el porvenir. ¡Protestas vanas que no dieron el menor resultado! Allí quedó en nuestro expediente aquella pintoresca nota de color, desusada, rarísima, inquietante, constituyendo una amenaza que no llegó á cumplirse en nuestras inocentes personas, por fortuna.

Pero para un alumno de un curso algo más avanzado, no fué sólo amenaza. Se cumplió, y no hubo posibilidad de rectificación, ni remedio alguno. Incurrió en otra falta semejante en el mismo curso, se le impuso otra D, como consecuencia de ella se le formó expediente, y fué expulsado de la Escuela con pérdida de todos sus derechos.

Ni nuestra solicitud ni la intervención de personas influyentes—porque la familia de aquel alumno lo era mucho—fueron capaces de evitar que se cumpliera rigurosamente el fallo reglamentario, automático é inexplorable, de la Junta de profesores.

Hubo algún revuelo en la opinión, porque el caso se hizo público, la Prensa se ocupó de él, pero sin duda tenía entonces menos poder que ahora, y cuanto se hizo resultó inútil.

La autoridad del Director sometida á una dura prueba pareció tambalearse, pero salió de ella firmísima, verdaderamente robustecida. El fallo, completa, rigurosamente reglamentario, era justo. Lo era dentro de la rigidez impersonal de los preceptos, pero lo era también en otro sentido más humano, porque un profesor bueno, hombre caballeroso de recta y delicada conciencia, condenado por la fatalidad á ser causante de la sentencia en cumplimiento de sus deberes, había aconsejado primero y suplicado después al obcecado alumno, que no cometiera aquella falta que, aun siendo leve, tendría para él funestas consecuencias.

Debilidades afectivas.—Fácil es imaginar la situación de nuestro ánimo y formarse una idea cabal de lo propicio que estaría á aconsejarnos la puntual asistencia á clase en el día 2 de Enero y un buen cumplimiento del famoso encarguito.

Todas estas razones influirían seguramente en la decisión de Uriarte ó en los consejos de sus padres. Por mi parte, como no había de salir de Madrid, recibí la noticia con gran satisfacción, porque la compañía del amigo predilecto era para mí una promesa de días agradabilísimos; era una cumplida compensación de aquel encargo que venía á mermar en parte, y en parte muy respetable, nuestra exigua licencia.

Hicimos grandes proyectos y bastante antes de llegar los días de la vacación los teníamos bien distribuidos; el Real en primer término, algún otro teatro también y luego excursiones, paseos, bailes en casa de doña Rosa... y aun quedaban *muchísimos* ratos, los más sugestivos quizá, dejados al azar, ratos que lo mismo podrían ser pasados en la Real Casa de Campo con la Memoria de Gauss en la mano, que en el Museo de Reproducciones ó en el Arqueológico, que en la Bombilla, en «El Bisturí» ó en Relatores, clásicos bailes de los estudiantes de medicina adonde nos llevaba la amistad de uno, muy relacionado conmigo, que nos acompañaba con frecuencia y nos imponía un culto á Terpsicore, del que, á decir verdad, no fuimos nunca excesivamente devotos.

¡Vanas esperanzas! ¡Ilusiones propias de la imaginación juvenil que se adelanta á los sucesos del día para vivir en plena aurora del venidero! La realidad suele no confirmar las esperan-

zas, pero la Juventud no ha tenido aún tiempo de enterarse de la triste realidad y siempre las acaricia, las alienta, y en ellas y de ellas vive.

Entonces, como siempre, la realidad fué bien distinta. Todo, absolutamente todo, quedó en proyecto porque en el primer día de vacación, y de ese primer día en las primeras horas de la mañana, caí yo enfermo.

No habíamos contado con mi salud, que es excelente mientras la sostiene el trabajo, pero que pelagra en cuanto la necesidad de realizar éste termina. Entonces, como tantas veces después, disfruté de la triste suerte de *aprovechar* bien el asueto, evitando las faltas que en otro caso hubiera cometido sin remedio.

Mi enfermedad, aun siendo leve, duró tanto como la vacación; no inspiraba grandes temores, pero exigía algún cuidado y para prestármele renunció Uriarte, sin el menor sentimiento, á la parte que por clasificación, y por indudable derecho, le correspondía en el bello y magnífico plan de los días pasados.

Allí, conmigo, cerca de mi cama y al lado de mi madre, callado unas veces para no turbar mi descanso, entreteniéndome otras con su buen humor y felices ocurrencias, pasó la Nochebuena, la Navidad.... los días esperados con ilusión tan grande.

Mi familia le excitaba á que se marchara, á que los aprovechara en descansar y divertirse, pero en balde; no sólo se quedaba, sino que trató de convencernos y hubo, por fin, que admitir la explicación, sin darle crédito, de que allí lo pasaba mejor que en ningún otro lugar, que *no sabía á dónde ir*, y que esperaba la vuelta de los patrones á su casa para acudir á ella; y así, simulando que hacía tiempo, hubo noche en que se marchó de la mía, donde había cenado...., á las ocho de la mañana.

Cuando he oído después á D. José Echeagaray, de cuya conversación inimitable siempre resultaba el retrato magistral, perfecto, de alguien, retrato trazado en unas cuantas frases que definían con gran precisión y vigor otros tantos rasgos ó perfiles característicos del personaje retratado—casi siempre real—, y, sobre todo, cuando oí el de D. Laureano Figuerola, luchador enérgico en su vida pública, tierno y sentimental en su intimidad, me he acordado de Uriarte.

Refería D. José, con singular gracejo, la escena de una entrevista con Figuerola celebrada en la casa de éste, y por sorpresa, en un día memorable, de gran pasión política, en un día señalado para una actuación enérgica y decisiva del gran repúblico.

Le encontró leyendo afanosamente y atribuyó la lectura y el aislamiento en que se había encerrado para entregarse á ella, á la necesidad imperiosa de templar y afilar las poderosas armas de su férrea dialéctica.

Hubo de extrañarle, sin embargo, la mal disimulada timidez, más aún, el visible rubor que revelaba aquella fisonomía de tan enérgicos, serenos y nobles rasgos, y fijó su atención, muy distante al principio de la conversación, en la torpe y vacilante maniobra de D. Laureano. Había cerrado el libro y lo tenía en la mano, apretado contra el cuerpo, procurando hacerle desaparecer en el fondo de un bolsillo notoriamente pequeño.

No hubo forma de evitarlo; el libro cayó al suelo y Echeagaray, más ágil, pudo recogerle y enterarse con rápida mirada de su título antes de ponerle en manos de su avergonzado dueño.

Era un tomito de poesías, pero no de poesías épicas y grandiosas, sino de exquisitos versos de un tierno poeta, favorecido por las Musas y amado por las mujeres románticas de su tiempo.

Figuerola, sorprendido en esa lectura, trató en vano de ocultar lo que él creía una debilidad, como ocultarian las suyas el gladiador antiguo ó el aventurero de siempre, acostumbrados á mirar la muerte cara á cara, si fuesen sorprendidos llorando

por la de un pajarillo ó aspirando el suave perfume de una flor.

Uriarte también disimulaba cuanto podía sus debilidades afectivas y familiares, que en el fondo sentía como pocos, ocultándolas con un aparente dominio de su sensibilidad, tras una máscara de socarronería bonachona que para mí, como para todos los que le conocían bien, era completamente transparente, tan transparente como el más limpio cristal.

No ya en el fondo, muy cerca de la superficie, á flor de piel, estaba el corazón sensible del compañero bueno, del amigo entrañable, apenas cubierto por aquella apariencia burlona y aquella sonrisa constante.

.....
Las alas, cortadas.—En nuestras frecuentes y prolongadísimas conversaciones hablabámos alguna vez del porvenir y la cuerda afectiva hacía oír el penetrante timbre de su voz por entre las bromas y las risas.

Uriarte se decía fuerte y me defendía, de toda posible debilidad, advirtiéndomela con tiempo para que huyera de ella oportunamente. En realidad, lo que hacía era disimular la suya buscando la fortaleza que le faltaba en la sugestión de sus mismos argumentos. Ocultaba de este modo la parte sentimental y afectiva de su corazón con un instintivo decoro espiritual, delicado y de buen gusto, que no todos sus amigos habrán tenido ocasión de conocer y de juzgar.

Después de terminada la carrera nos veíamos de vez en cuando; andando el tiempo nos reuníamos con gran frecuencia, casi periódicamente.

Él, construía por entonces la presa de Bolarque y frecuentaba Madrid adonde yo iba también mucho, siempre que podía; raro era el mes en que no pasábamos algunos días reunidos. Pero llegó una época en que nos cruzamos varias veces sin encontrarnos y así transcurrió bastante más tiempo que el de costumbre entre la pasada y aquella nueva entrevista.

Nos saludamos al vernos efusivamente, con la alegría de siempre, es decir, con la de siempre no; era muy distinta. Noté bien pronto que algo pasaba por él, que no era el mismo de siempre, echaba de menos aquella risa retozona y despreocupada de los años pasados. Quizá él hacía por su parte la misma observación y aun creo que me lo dijo, y los dos estábamos en lo cierto.

Me confesó, sin abandonar todavía su festivo tono habitual, que también llevaba un gran tizeretazo en el ala izquierda. A través de las bromas con que festejaba su elección y, sobre todo, la edad de la novia elegida puede penetrar hasta el fondo. La herida era grave, muy grave, no solamente tenía el ala rota; el tiro le había llegado al corazón.

No tardó mucho tiempo en confesarme, respondiéndome á una pregunta mía:

—Lo estoy cuanto hace falta para casarse... y me casaré pronto.

Y entonces no hubo broma.

El tono era tan insólito, tan extraño en él, que me dejó perplejo y así anduvimos sin cambiar una palabra un largo trayecto. Pero después hablamós extensamente, sin careta ya, de corazón á corazón.

Era una nueva coincidencia en el momento preciso de decidir el rumbo de nuestras vidas.

La verdadera vida.—Uriarte orientó la suya desde entonces de un modo lógico, como correspondía á la esencia íntima de su temperamento, á su falta de condiciones para ciertas luchas cuvenenadas y crueles, á su exquisita sensibilidad.

Se marchó á su pueblo y allí empleó los primeros ahorros, mejor dicho, el primer dinero no gastado, en construir al lado de

la de sus padres una modesta casita en la cual vivió sin ostentación alguna, pero con ciertas comodidades y gran satisfacción.

Vivió allí, en Galdácano, una vida voluntariamente alejada de todo lucimiento, de toda satisfacción de vanagloria, vida de campesino; nadie que le hubiera visto en aquel medio hubiera podido creer que era otra cosa.

Atendía á su mujer, cuidaba de sus hijos, asistía á sus padres; de cuando en cuando echaba una ojeada por sus frutales ó sus palomas y gallinas; leía lo que quería, estudiaba lo que podía proporcionarle algún placer intelectual sin imposiciones de ajena voluntad ni apremios de tiempo.

A Galdácano no llegaban esos telegramas circulares que no corrigen á uno y lastiman á doscientos; no se hacían allí trabajos destinados al cumplimiento de fines políticos ó á la satisfacción momentánea de algún influyente personaje; esperaba tranquilamente á que llegara el periodo de madurez de los asuntos é intervenía en ellos en el preciso momento en que la política, ó la locuacidad valdía, los entregan á la competencia técnica, al dominio de un hombre de acción. Dicho en otra forma, se hizo contratista, asociando sus amplísimos y sólidos conocimientos á la honradez y seriedad de unos paisanos suyos.

Cuando las obras que realizaba lo exigían, en ellas estaba—retirado también—resolviéndolo todo, acudiendo á todo, proyectando, construyendo, administrando y liquidando á un tiempo, hasta que la situación de los trabajos le permitía volver al rincón familiar que no podía dejar sin gran dificultad y mal disimulado sentimiento.

En los últimos años, siempre que se me presentaba ocasión—y los viajes de Zaragoza á Reinosa me han proporcionado varias—, iba á Galdácano para ver á Uriarte y pasar en la intimidad de su casa todas las horas disponibles. Él hacía lo mismo, y de este modo no solamente no se aflojaron los antiguos lazos de nuestra amistad, sino que se apretaron más al extenderse á nuestras nuevas familias.

En estas visitas se hablaba, como es natural, de los trabajos en marcha, de los proyectos y planes de cada uno. Uriarte era parco en la exposición de los suyos; oyéndole, cualquiera que no le conociera bien ó no tuviera antecedentes y conocimiento de las obras á que se refería, hubiera pasado que la obra del salto de Bolarque había sido una empresa sin importancia, que la del ferrocarril de Ripoll era una contrata muy modesta, y así todo. En cambio se interesaba vivamente por lo que oía, tanto ó más por la parte personal, que por el asunto mismo.

• Demostró la sinceridad de ese interés hace algún tiempo, presentándose en Reinosa para conocer el país y el lugar de emplazamiento de la obra cuyo estudio absorbía por entonces casi toda mi atención.

Después de haberlo visto todo bien, de cerciorarse de la visible exactitud de mis descripciones, me dió á conocer su opinión, que era francamente satisfactoria. Pocas lo hubieran podido ser tanto para mí, y ninguna, desde luego, más agradecida. Porque para pasar conmigo aquellos días aprovechó los que le dejaba libre la dirección de sus obras y hubiera pasado en la deseada tranquilidad de su retiro.

• ¡Rejuvenecidos!—Aun hizo más, y fué acompañarme en una excursión á pie que en otras circunstancias ó épocas hubiera sido larga y penosísima, pero que en su compañía, no solamente no lo fué, sino que tuvo la singular virtud de rejuvenecernos unos cuantos años llevándonos por arte de magia á los mejores de nuestra vida.

Antes de dar por terminado el proyecto de embalse regularizador del Ebro, cuyas líneas generales tenía ya trazadas, quería cerciorarme de la superioridad del lugar propuesto sobre cual-

quier otro posible, y además, completar el estudio con el de la fisiografía del valle, visitando al efecto el largo trozo que media entre Reinosa y Miranda de Ebro.

Uriarte manifestó, desde luego, interés por acompañarme en aquel viaje—porque tal nombre merece—; le atraía poderosamente la forma de hacerle, que encajaba por completo dentro de sus gustos.

A decir verdad dudé un poco de su decisión; el día mismo en que debía acudir á Reinosa, donde estábamos citados, aun dudaba; y mis dudas, aumentadas por el deseo, iban creciendo conforme se aproximaba la hora de llegada á la estación de Las Rozas del tren que debía haber tomado en Bilbao. Pero llegó y bien pronto me convencí de que estaba completamente decidido á hacer el viaje y á invertir en él todos los días necesarios.

Los preparativos se hicieron con el mejor humor, tomando en ellos buena parte Santolaria, un sobrestante afecto á mi servicio y antiguo colaborador de mis trabajos que descaba ser de la partida. Comenzábamos á recordar algo olvidado ó, por lo menos, muy desvanecido por la acción del tiempo y las necesidades de la vida.

Era condición indispensable hacer el viaje á pie—sobre este extremo no había duda posible—. Además, como solos no podíamos ir, debíamos llevar muy poca gente y esa de gran confianza y muy poca edad, uno ó dos muchachos.

La principal dificultad estaba en que necesitábamos una caballería, por lo menos, para transportar nuestro liviano equipaje, algunos cacharros é instrumentos y varios paquetes de papeles, planos, mapas y libros. Porque en alquilarla no podíamos pensar. ¡Quién nos la hubiera dejado para una cosa así! ¡Y qué hacíamos de ella al término de nuestro viaje! ¡A quién se la entregábamos en Miranda!

La casualidad vino providencialmente en nuestra ayuda. Gracias á ella supimos que se vendía una yegua en un pueblecito próximo á Reinosa, y corrimos á verla dispuestos á comprarla por acciones; pero antes de llegar fuimos advertidos de que el verdadero propósito del dueño era el de licenciarla. Quedamos perplejos; nuestra ilusión se desvanecía, pero seguimos; nos quedaba aún alguna esperanza.

¡Quién podía asegurar que la venta no era una torpeza, una verdadera injusticia!

Y así fué. Se trataba de un hermoso animal de aspecto señorial y respetable. Era blanca como la leche, alta, muy delgada—eso sí—, cuanto lo puede ser una yegua, pero andaba, aunque muy lentamente, con cierta seguridad rítmica no desprovista de elegancia. Tenía ya algunos pretendientes; pero ofrecían tan poco, regateaban tan pesadamente, que el dueño había rechazado la oferta en un momento de dignidad. Nuestra llegada le sirvió de desquite, porque nosotros no regateamos; á los pocos momentos quedaba cerrado el trato y entrábamos en posesión de la yegua, entregando al contado, sin imponer condición alguna ni reservar ningún derecho de retroventa, la totalidad de la suma pedida..... ocho duros.

No nos habíamos engañado. La yegua fué inmediatamente cargada y resistió la prueba estática sin vestigios de flecha permanente.

Al día siguiente, que era el de la partida, vivía todavía y vivió el otro y el otro.... y es posible que viviera aun si no la hubiéramos vendido, porque.... forzoso es confesarlo, también nosotros la vendimos.

La atendimos y cuidamos mientras nos servía con exquisita solicitud, y creíamos al hacerlo que librábamos á la Humanidad de un justo reproche de ingratitud, siendo así que lo que estábamos haciendo era defender nuestro capital como buenos accionistas.

Quien nos hubiera visto taparle los ojos en los peligrosos pasos de Colina para evitarle zozobras y sústos, ayudarle en las cuestras, aun a costa de nuestras espaldas, para que la carga le fuera más llevadera, no hubiera podido sospecharlo, pero así fué. Y lo hicimos á sangre fría, sin la menor consideración, á las pocas horas de habernos disputado el honor de conservarla como recuerdo del viaje en premio de su buena voluntad y de su abnegación.

Llevaba algún día sufriendo de un achaque que no era grave, y mucho menos prematuro, pero que le dificultaba bastante los movimientos hasta el punto de quitarles toda su gracia natural.

Dispuestos á hacer por nuestra parte todo lo posible porque se curara, aprovechamos el paso por Trespaderne para llamar á un profesor veterinario. Tardó algún tiempo en acudir, porque sin duda no quería dar crédito á las seguridades que le daba el chico que le avisó, de que no éramos gitanos; pero acudió al fin dispuesto á prestar á la «Coronela» los buenos servicios de su profesión.

No hizo más que verla, sin tratarla apenas, quedó prendado de sus excelentes condiciones morales y nos propuso la compra, ofreciéndonos cuatro duros á quemarropa para no dejarnos reflexionar.

Aceptamos sin querer escuchar sus crueles explicaciones, explicaciones de profesional, de disector, que sabe lo que vale la piel, lo que valen los cascos.....; la vida, que prometió conservar, estaba tasada en..... un duro.

Salimos de Trespaderne acosados por los remordimientos..... ¡pobre «Coronela»!....., pero salimos á buen paso para no presenciar el inevitable arrepentimiento del veterinario.

¡Tristes recuerdos!—Los recuerdos de aquellos días felices acuden á mi memoria en confuso tropel como tantos otros que evocan la presencia, la palabra, la mirada y el gesto del amigo inolvidable é insustituible.

Jornadas pintorescas en el barroco Orbaneja, el austero Escalada, el risueño Vallederible ó el histórico valle de Tobalina; noches azarosas de San Martín de Helines, la Puente del Valle y Pesquera de Ebro, recordadas con gran fidelidad, se mezclan en mi memoria con otros recuerdos mucho más remotos, aunque quizá más fieles todavía; con aquellas excursiones naturalistas de su iniciativa ó aquellos paseos y aquellas visitas artísticas de mi entusiasmo; con las kermeses veraniegas en los barrios bajos de Madrid y con las reuniones de doña Rosa, la bondadosa amiga de la juventud.....; con los solaces aturridos de Zaragoza, Barcelona y Monzón y las expansiones asturianas de nuestro último viaje de prácticas.

Y entre recuerdo y recuerdo de un momento de despreocupación y alegría, el de otros de aguda preocupación, casi de angustia ante el temor de una mala nota ó la perspectiva de un fracaso, angustias vencidas por la suerte muchas veces, pero muchas veces también por el ingenio.

Fué tan íntima la amistad y tan asiduo el trato, que hoy no puedo recordar nada sin que se anude la garganta y se empañen los ojos. Todo tiene ya, y tanto más cuanto mayor ha sido el gusto con que hasta ahora lo he recordado, un sabor de tristeza y de amargura que el tiempo no podrá borrar por completo.

Ni recuerdo grato, ni esperanza firme, porque el compañero constante y fiel, el amigo sincero é invariable, el consultor eficaz, voz de la propia conciencia y auxilio seguro en todo momento, ya no existe.

